

El dolor, la enfermedad y la muerte Una aproximación desde la teología litúrgica

GONZALO GUZMÁN K.

«Oh Dios, de quien hemos recibido la medicina de la vida eterna, concédenos que, por medio de este sacramento, podamos gloriarnos plenamente de los auxilios del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor».

Aproximarse a la realidades humanas del dolor, la enfermedad y la muerte, es posible desde diversas perspectivas. En esta ocasión, lo haremos inspirados desde la reflexión de la teología litúrgica.

La *Oración después de la comunión* antes citada, tomada del formulario recién publicado por la Congregación del Culto Divino, señala con toda certeza que hemos recibido ya la «*medicina*» de la vida eterna. Esa «*medicina*», sin lugar a dudas, en el contexto del formulario de la oración, es la sagrada comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo, pero desde una perspectiva más amplia, esa «*medicina*» es la donada por Dios Padre en su Hijo Jesucristo, quien pasó por el mundo haciendo el bien y con su misterio pascual de pasión, muerte y resurrección nos redimió.

Probablemente, una de las preguntas límites que ha acompañado la historia de la humanidad es aquella que se interroga por el dolor, la enfermedad y la muerte: su por qué y para qué. Estas realidades pueden ser consideradas como de las mayores dificultades que terminan por angustiar la conciencia de los hombres y las mujeres. Sin embargo, con la certeza de la «*medicina*» emanada del misterio pascual de Cristo, simbolizada en esa agua y sangre que brotaron de su costado al estar clavado en la cruz, nos permiten atravesarlas de esperanza cristiana.

Las *praenotanda* (introducción) del *Ritual de la Unción y del cuidado pastoral de los enfermos* en el n° 1 dicen: «*los que tienen la fe cristiana, aunque las sienten y experimentan [la enfermedad y el dolor], se ven ayudados por la luz de la fe, gracias a la cual perciben la grandeza del **misterio del sufrimiento** y soportan los mismos dolores con mayor fortaleza*». Muerte, enfermedad y dolor, en el contexto del sufrimiento cristiano, son así como un «*misterio*».

Gracias a la teología litúrgica de Odo Casel, «*misterio*» dejó de ser entendido solamente como algo desconocido o que lentamente se revela, para ser comprendido como un evento concreto en el cual Dios se manifiesta. De este modo, estas realidades tan límites de la existencia humana, pasan a ser un “lugar teológico”, es decir, un espacio concreto de la manifestación de Dios. La pasión y la muerte en cruz de Jesús son la cumbre de esta realidad. En el Verbo encarnado doliente contemplamos el rostro de Dios. La traducción latina de la palabra “misterio” es *sacramentum*. Así, el dolor, la enfermedad y la muerte son como sacramentos de la presencia de Dios porque en ellos el misterio de la redención realizada en Cristo se hace presente.

El sacramento de la *Unción de los enfermos*, que se entiende necesariamente dentro de todo el cuidado pastoral que la Iglesia, pueblo de Dios, ejerce en favor de los enfermos, tiene como objetivo acompañar la enfermedad y el dolor de quien la está padeciendo para que pueda vivirla cristianamente. El Espíritu Santo otorgado por este sacramento viene a infundir fortaleza y consuelo tanto al cuerpo como al alma de la persona enferma. Fortaleza, para unirse a la cruz de Jesús; consuelo, porque esa cruz que está viviendo unida a la de Cristo es redención.

El *Ritual de la celebración de las exequias cristianas* contempla la siguiente oración en su primera forma de celebración exequial: «*Señor Jesucristo, redentor nuestro, tú quisiste sufrir muerte de cruz para darnos*

¹ Cf. Casel, Odo, *El Misterio del Culto en el cristianismo*, CPL, Barcelona 2001.

nueva vida: mira con bondad a tus fieles que lloran a su deudo y te ruegan por él con humildad». Las imágenes de estos días de tantos difuntos y, muchos de ellos tristemente sin poder siquiera recibir una celebración exequial por parte del pueblo de Dios, no pueden dejarnos indiferentes. La Iglesia hace una oración por todos ellos(as) y, particularmente, por sus familiares y amigos(as) que lloran su partida. La oración citada nos muestra donde radica la esperanza cristiana ante la muerte, esta no es otra que en la muerte en cruz de Jesús que nos da vida. Eso es lo que simbolizan las flores y los cirios encendidos que en nuestra cultura tradicionalmente se colocan en torno al cuerpo del difunto. Son signos de vida. Todos estamos llamados a tener compasión, es decir “sentir con” aquellos que han perdido un ser querido y, el Evangelio y la certeza de la fe, nos invitan a transmitirles que en Cristo ellos(as) viven. Por eso oramos, para que Dios misericordioso perdone los pecados que hubiesen cometido y les reciba en las moradas eternas.

La celebración de las exequias cristianas es expresión litúrgica sacramental en la que el pueblo de Dios, precisamente, celebra el misterio Pascual de Cristo. Al formar parte del cuerpo de Cristo, mediante el bautismo, esperamos pasar con Él de la muerte a la resurrección. El agua bendita que se asperja sobre el cuerpo de la persona fallecida nos recuerda sacramentalmente que este hijo(a) de Dios fue templo del Espíritu Santo y que su cuerpo ahora aguardará la venida de Cristo y la resurrección de los muertos². En efecto, la inmediata comprensión de la primera comunidad cristiana respecto a la muerte fue muy distinta a la del pueblo judío. Así lo deja ver texto del Evangelio de San Marcos: «*la niña no está muerta, duerme*». Por ello es que la misma comunidad cristiana primitiva al poco tiempo comenzó a llamar al lugar donde depositaban los cuerpos de los difuntos *Κοιμητήριο* (koimeterio), es decir: “lugar de dormición”. Morir, en la mentalidad cristiana, es el paso a una vida mejor⁴.

Dolor, enfermedad y muerte, atravesados por la luz pascual, como nos recuerda el cirio encendido la noche de Pascua a partir del fuego nuevo, cobran así una inédita dimensión. Dios, en Jesucristo, por el Espíritu, es aquel capaz de “hacer nuevas todas las cosas”⁵; eso ha hecho con estas realidades que tanto agobian el corazón humano. Para el cristiano son realidades pascuales, es decir, lugares de la manifestación de la Vida abundante.

El Concilio Vaticano II propuso recuperar el nombre de *Unción de los enfermos* para el sacramento que tradicionalmente se le llamaba *extremaunción*⁶. Esta moción encontró una acogida aún mayor en el nuevo ritual promulgado por Pablo VI, en efecto, este ordo litúrgico tiene por título *Ritual de la Unción y del cuidado pastoral de los enfermos*. No es un ritual solo para el clero; si bien la administración del sacramento de la Unción está reservada al sacerdote, el texto busca y promueve que toda la comunidad cristiana tenga como preocupación esencial continuar la obra y el mandato de Cristo de atender a los hermanos enfermos. La Iglesia toda está llamada a aproximarse a quien está delicado de salud, sacar el aceite del consuelo y ungir sus heridas para que cobre salud y fortaleza.

Vivir este tiempo de pandemia ha sido duro y desafiante. Ha puesto en el tapete la fragilidad humana, nos ha recordado las preguntas límites por el sentido del dolor, la enfermedad y la muerte y, nos ha recordado que la Iglesia debe ser aquella posada⁷ en la cual los enfermos puedan encontrar esperanza. La liturgia, con la riqueza de su lenguaje simbólico - sacramental, viene a ser un momento privilegiado para acompañar al enfermo y a quienes lloran la muerte de un ser querido de tal manera de resignificar su dolor.

² Cf. Ritual Celebración de las Exequias, *Praenotanda*, nº 1.

³ Mc 5, 39.

⁴ Cf. Parés Saltor, Xavier, «El sentido pascual de las exequias cristianas», *Phase* 318 (2003) 591.

⁵ Cf. Ap 21, 5.

⁶ Cf. SC 73.

⁷ Cf. Lc 10, 34-35.